

EL MIRLO Y EL JILGUERO

Manuel Ramon Hernandez

Image not found.

Capítulo 1

EL MIRLO Y EL JILGUERO.

Desde que tenía recuerdos, siempre había cantado solo.

Vivía en las ramas de un olivo un tanto alejado de otros árboles. Desde él contemplaba cada amanecer y cada ocaso. El viento movía rítmicamente sus plumas, en las que la humedad de la mañana se condensaba en forma de pequeñas gotas, como lágrimas de despedida ante la inevitable partida de la noche. Y cantaba.

Nunca fue un canto hermoso. Nunca quiso que lo fuera. Simplemente cerraba sus párpados y emitía las notas con convicción... y un poco de contenida emoción. Aunque a veces su melodía contenía trazos de ironía, e incluso algo de desengaño.

Siempre había cantado solo.

No recordaba haber sentido envidia de las otras aves. Miraba con algo de curiosidad a las que se arremolinaban, en grupos grandes y pequeños, sobre las copas de los demás olivos. Eran como un enorme caleidoscopio que bullía al inicio de la primavera, trinando en una estruendosa cacofonía. Muchas eran mirlos, como él, pero jamás experimentó el deseo de efectuar el corto vuelo para unirse a ellas. Necesitaba, por encima de todas las cosas, escuchar su propio canto.

Un buen día observó cómo un jilguero de vivos colores, visitante asiduo del olivar junto a su bandada, despegó de entre una de aquellas concurridas reuniones y, tras describir unos cuantos círculos, se posó en su rama, a una cierta distancia de él. Sin vacilación, el jilguero empezó a cantar despreocupadamente. El mirlo estaba sorprendido, pero poco a poco, la curiosidad fue imponiéndose a la extrañeza. Sin saber muy bien cómo, empezó a hacer sonar su voz, como tantas otras veces.

Y de alguna manera, pese a que sus gorjeos eran muy distintos, juntos desgranaron una rara y hermosa melodía.

No fue sólo una vez. Ante la estupefacción de sus compañeros, el jilguero volvía de vez en cuando a la rama del mirlo solitario y unían de nuevo su canto. Poco parecía importarle la aparente diferencia entre ambos, la soledad de aquel olivo... La música de esos momentos era extraña, sorprendente y hermosa. El mirlo nunca sintió la necesidad de

unirse a los animados corros de jinetes alados, pero aprendió a compartir el solitario árbol al que llamaba su hogar.

Dicen que ambos siguieron cantando juntos hasta que el olivar, el sol y el mundo desaparecieron entre las olas del tiempo. El mirlo siempre tuvo a alguien con quien entonar una compleja melodía. Y el jilguero siempre tuvo una apartada rama en la que poder escuchar su propia voz.